

Actividades de comunicación

La adquisición y desarrollo del lenguaje infantil es un elemento fundamental del desarrollo evolutivo y por ello se considera un ámbito de especial interés.

Debemos tener en cuenta que es la herramienta de representación y comunicación más utilizada, es el instrumento por excelencia del aprendizaje, ya que el desarrollo lingüístico está relacionado con otros aspectos que son: el desarrollo intelectual, social y afectivo.

Por ello, hay que fomentar su aprendizaje mediante distintas actividades que hagan que el alumnado tome conciencia de la importancia de éste, para el desarrollo de su propia autonomía personal. Por ello, este proyecto de aula propociona contextos variados que permitan ampliar el marco familiar y desarrollar las capacidades comunicativas.

[1] “¿Sabemos mucho?”

DESARROLLO DE LA ACTIVIDAD

Esta actividad será una actividad introductoria al tema de la ecología. Partimos del desconocimiento del alumnado sobre este tema. Debemos ayudar a situarlo en un contexto determinado. Para ello, procederemos a contar un cuento introductorio sobre el tema de la ecología, para que conozcan poco a poco sobre lo que se va a hablar y trabajar. Debemos hacer que el vocabulario nuevo que se vaya a utilizar y adquirir sea en todo momento entendido.

MATERIALES NECESARIOS

AGRUPAMIENTO

ESPACIO

» Cuento

OBJETIVOS

1. Fomentar la escucha activa.
2. Adquisición de nuevo vocabulario
3. Situarse en un contexto determinado.
4. Familiares con vocabulario nuevo.
5. Comprender la idea principal del cuento.

“Un tiempo de duendes”

“Hay un lugar mágico, un mundo donde todo lo que deseamos puede convertirse en realidad. Ese mundo es el de ustedes, el de los más chiquitos”. Eso decía la mamá de Sofía cada vez que la pequeña preguntaba sobre lo que veía o escuchaba en la tele y también por las cosas que la “seño” les enseñaba en el jardín.

Un día, la niña dijo a su mamá al volver del jardín.

- La seño nos habló sobre el clima y la contaminación.
- Ah... ¿Qué les contó? –preguntó curiosa la mamá.
- Dijo que el clima ha cambiado mucho en los últimos cien años, que los humanos tenemos mucha culpa de los cambios climáticos. No los pequeños, los mayores. La seño dice que se fabrican cosas que todos usamos y que había que cambiarlas por otras que no contaminen. Que se cortan muchísimos más árboles de los que se plantan y perjudican al planeta, que es nuestra casa. La seño dijo muchas cosas, pero no las recuerdo mamá. ¿Todo eso es verdad? –preguntó la niña entristecida.

La mamá alzó a su hija, la sentó sobre su falda y dijo.

- Sofía, ¿recuerdas que hay un sitio mágico donde todo lo que deseamos puede convertirse en realidad? Ese sitio también es habitado por duendes: hay uno que brilla intensamente y nos ilumina durante el día, además de darnos su calor. ¿Adivinas cuál es?

La niña dice: el duende del Sol.

- Bien hija, muy bien –responde la mamá. Hay otro que nos acompaña por las noches, a veces la vemos por la mitad o es un cuarto, a veces está llena y otras es invisible. ¿Sabes de quién hablo?
- vuelve a preguntar la mamá.

La pequeña no se decide a contestar, mamá la ayuda. La lu..., la lu... y enseguida Sofía responde la duende Luna.

- Bien, muy bien, Sofi - vuelve a felicitarla su madre que sigue contando. Una vez, el sitio donde habitan esas maravillosas criaturas se alborotó. Ellos, encargados de cuidar el planeta Tierra, veían cómo sus habitantes, los seres humanos, arrojaban

la basura de todo lo que consumían, arrancado de las profundidades del planeta, sin ningún tipo de precaución, contaminando todo. No respetando el orden natural de la vida. La Naturaleza, madre de todos los duendes, sufría por su hija la Tierra, que se encontraba muy enferma.

El Sol y la Luna decidieron realizar una reunión en la que participaron todos los duendes, hermanos, primos y la madre Naturaleza, todos familiares de la pobre Tierra.

El Sol habló primero, dijo.

– Yo caliento la tierra. Si no estuviera, no habría días y todo sería un desierto helado, desde aquí veo como el hombre no sabe aprovechar mi energía. ¿Se cree, acaso, que solo sirvo para broncear su cuerpo en verano cuando va de vacaciones?

Cuando el Sol terminó su discurso, fue la Luna quien tomó la palabra:

– Yo reflejo la luz del sol por las noches, doy algo de luz al viajero y controlo la marea donde los grandes peces se alimentan. Los poetas dicen que soy un símbolo de amor. Desde mi lugar, veo cómo el hombre contamina la tierra. Tanto al duende Sol como a mí nos afecta lo que ocurre, no podemos cumplir nuestras naturales funciones.

Al terminar de hablar la Luna, los cuatro duendecillos de las estaciones, los hermanos Primavera, Verano, Otoño e Invierno, dijeron a coro:

– También nosotros estamos muy enfermos.

– Cada vez menos árboles y menos flores hago florecer– dijo con voz triste la primavera–; hay menos árboles que purifiquen el aire, pues el hombre los corta sin piedad y se despreocupa de plantar nuevas semillitas. ¡Hay muy pocos árboles bebés!– se lamentó. En el gris cemento de las ciudades donde las plazas escasean, los niños corren y se divierten, pero ya no huelen la fragancia de las flores, apenas logro dar vida a los jardines.

Cuando terminó de hablar la primavera un intenso e insoportable calor invadió el mundo de fantasía. Entonces se oyó la voz del Verano, como todos, quejándose de los habitantes de la tierra.

– El constante uso de combustibles derivados del petróleo que queman los motores de vehículos y maquinarias, la fabricación de aerosoles que dañan la capa de ozono han confundido mis valores y en este presente puedo dar muchísimo calor en mi estación como en la de mis hermanos Otoño, Primavera e Invierno.

Cuando le llegó el turno al Otoño, dijo.

– No logro desvestir los árboles de sus hojas hasta bien entrado en la estación de mi hermano Invierno. Y mis otros hermanos, Primavera y Verano invaden mi tiempo. ¿Quién puede solucionar todos mis males? – preguntó apenado el Otoño.



Todos los que allí se reunieron, tuvieron que abrigarse muy bien cuando habló el Invierno. Cosa de no resfriarse.

– Estoy dentro del desorden, como todos ustedes, no puedo regular mis fuerzas y manejar mis poderes, la contaminación me ha llegado, puedo congelar en las zonas tropicales y pierdo fuerza en los lugares polares. No logro evitar el deshielo del sector antártico y sufro por los humanos, no se dan cuenta de que muchas tierras fértiles y muchas ciudades quedarán bajo las aguas.

Desorientados, los duendes no sabían cómo solucionar el tremendo problema. Pero como esto es un cuento para niños y la fantasía es la que reina, la madre Naturaleza, que todo lo sabe, dijo:

– Cada uno de ustedes recorrerá el mundo, reunirá en cada país, ciudad y hasta en el más pequeño pueblecito de la Tierra a todos los niños y contarán lo que está sucediendo.

El mandato de la Naturaleza fue obedecido por todos los duendes y durante treinta días y treinta noches a cada niño de cada región se le contó lo que ocurría.

Se les aconsejó a cada uno que hablara con sus padres, convencerlos de que, entre todos, debían curar a la Tierra de la contaminación ambiental y devolverle la salud, para el bien del hombre y de todos los que en ella habitan. Los niños, futuros hombres de esta bendita Tierra, así lo hicieron:

el hijo del Presidente habló con su papá; el del científico con el suyo; el del Gobernador, el del médico, el del industrial, el del comerciante, el del militar, el del empleado...

Todos lo hicieron y cada familia se preocupó, desde ese momento, por cuidar la ecología, o sea, la conexión del hombre con la madre Naturaleza. Los duendes del tiempo y de los astros, compañeros de la Tierra, se curaron y por supuesto también el duende Tierra.

Cada estación hizo su trabajo cuando debía. Las flores, los árboles, los animales, los insectos y los niños, héroes en esta historia, volvieron a respirar el aire puro que todos necesitamos y nos merecemos. Organizaron una grandiosa fiesta y todos rieron y bailaron felices.

